

“La enseñanza del Rito Escocés Antiguo y Aceptado”

Jorge Norberto Cornejo

Una pregunta fundamental

En numerosas oportunidades, ya sea en escritos, en entrevistas o en declaraciones formuladas a distintos medios, nos encontramos con Hermanos que afirman comprender perfectamente el sentido, tanto filosófico como iniciático, de los tres Grados Simbólicos, pero que, con toda honestidad, declaran ignorar cuál es el significado de la existencia de los Altos Grados, si es que estos, realmente, tienen algún significado. ¿Pueden enseñarnos algo esa multitud, aparentemente caótica, de bandas, mandiles, palabras, signos y símbolos? ¿Pueden elevarnos hacia alturas que no estén contenidas, al menos explícitamente, en el grado de Maestro? ¿O todo se trata solamente de la pura vanidad de hombres que no se contentaban con una Iniciación basada en las sencillas tradiciones de un Oficio?

Y aún más: enfrentados con la multitud de Ritos masónicos, con sus infinitas variaciones locales, a veces con una tácita o declarada hostilidad, ¿hemos de decidimos por un Rito u otro? ¿Son más o mejores masones quienes poseen los Altos Grados del Rito Escocés, los del Rito York, del Rito Francés, de Memphis, de Mizraim, etc., etc.?

Para buscar una respuesta a estas preguntas, puntalicemos un primer hecho: los distintos Ritos, pese a sus innumerables diferencias de detalle, no son tan distintos como un análisis superficial podría revelar. Comparemos, por ejemplo, los Altos Grados del Rito Escocés, del Rito York y del Rito Francés¹.

En el Rito Escocés, después de la Maestría Simbólica, sigue la Logia de Perfección, con la venganza simbólica de la muerte de Hiram pero, fundamentalmente, con el propósito de recuperar la Palabra Verdadera, “perdida” en el grado de Maestro. Tal objetivo se alcanza en el grado 14°. Siguen luego los grados del Segundo Templo, en los que el personaje heroico es Zorobabel, los grados Rosacruz (17° y 18°), ya con una fuerte impronta hermético-caballeresca, y finalmente la serie de los grados Templarios, centrados en el Kadosh y culminando con el Soberano Gran Inspector General. La idea general de los 33 grados es, entonces: Maestría Simbólica (Iniciación de Oficio); recuperación de la Palabra (Iniciación Cabalística); Rosacruzismo (Iniciación Alquímica); Iniciación Templaria.

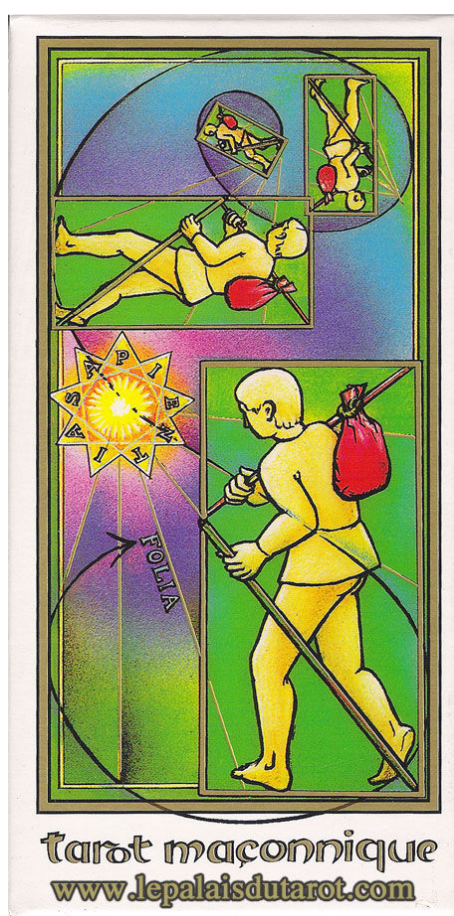
En el Rito York, a la Logia Simbólica sigue el Capítulo del Arco Real, en el que se recupera la Palabra no en el Templo de Salomón, sino en el de Zorobabel. El Consejo Críptico es muy similar a la Logia de Perfección. Falta el Rosa-Cruz, pero todo culmina con el Consejo de Caballeros Templarios.

Finalmente, las Órdenes de Sabiduría del Rito Francés siguen exactamente el esquema escocés: venganza de Hiram, obtención de la Palabra Verdadera, Segundo Templo, Rosa-Cruz, Kadosh.

¹ Elijo estos Ritos no por considerarlos superiores, o por falta de consideración hacia, por ejemplo, el Rito Escocés Rectificado, sino porque son los que, personalmente, conozco con mayor profundidad.

En síntesis, el *modelo iniciático* de todos estos Ritos es similar: primero completar el grado de Maestro, alcanzando la Palabra Perdida con la muerte de Hiram, luego experimentar la confusión originada por la destrucción del Templo de Salomón, para finalmente coronar el edificio con la Iniciación Templaria.

Esta *unidad de esencia y similitud de método*, que encontramos en los distintos sistemas de Altos Grados nos indica que, efectivamente, estos tienen algo que enseñarnos, algo especial que decirnos. Si podemos encontrar la unidad fundamental por debajo de la aparente diversidad, es que estamos ante la presencia de la manifestación de un arquetipo fundamental, de un principio, expresado a través de símbolos e imágenes, intensamente activo en las capas más profundas de la psique humana.



La búsqueda de la *Sapientia*, por Jean Beauchard

La Sabiduría

La pregunta, lógicamente, es ¿cuál es ese arquetipo? Para intentar responderla, permítaseme una breve digresión. Quisiera decir algunas palabras sobre la *Sabiduría*. Sabiduría entendida no como suma de conocimientos, ni aún como la aplicación práctica de los mismos a la vida diaria, sino como algo mucho más profundo.

Todos conocemos los símbolos que, en la Logia masónica, remiten a la Sabiduría. La Luz proveniente del Oriente, la estatua de Palas Atenea, la columna jónica, aún la misma figura de Salomón. El calificativo de “Venerable” que se otorga al Maestro parece referir a la condición de “Anciano Sabio”. En el Capítulo Rosacruz, el Maestro se titula “Muy Sabio” o “Sapientísimo”. Sin embargo, es recién en el grado 33° donde la noción de *Sabiduría* alcanza su más plena expresión, en la Gran Joya cuyos ángulos están marcados con las letras que forman la palabra SAPIENTIA.

En el grado 14° el objetivo es alcanzar la pronunciación correcta de la Palabra Verdadera, hecho que es simultáneo con la contemplación de la columna de la Belleza, la que, simbólicamente, sostenía el Sancta Sanctorum del Templo de Salomón. En la filosofía de ese grado, por lo tanto, Belleza y Verdad están asociadas, de la misma forma que, en tanto que “ideas” (hoy diríamos arquetipos) también lo estaban en el pensamiento de Platón. La Verdad es sinónimo de la *Sapientia*, por lo que esta última también se asocia con la Belleza.

La enseñanza del Rito Escocés *no es un dogma*, no es ni la creencia en Dios ni en la inmortalidad del alma, afirmaciones en sí mismas vacías, porque no definen qué se entiende por “Dios” ni qué se entiende por “alma”. Tal enseñanza es la de una búsqueda, de una *queste*, en el sentido de las Leyendas del Grial, en la que el objeto precioso, “la perla difícil de alcanzar”, es justamente la Sabiduría.

En la cábala esta Sabiduría está representada en la segunda séfira (Chokmah). El Zohar afirma que, después que el Ain Soph (el Absoluto Inmanifestado), generó una especie de Luz primordial, esta no podía ser conocida hasta que “*un punto oculto y excelso brilló bajo el impacto del último intento por abrirse paso*”. Ese punto primordial, conocido como *Reshit* (Principio), se identifica con Chokmah, que se transforma, por lo tanto, en la ventana a través de la cual puede contemplarse la plenitud de la Esencia.

Los cabalistas también asocian la Sabiduría con la Shekinah, la “Presencia”, que se manifiesta en el punto central del Templo, en lo que masónicamente denominamos la Cámara del Medio o del Centro. Al respecto, hay algo muy interesante en el grado de Preboste y Juez, en el que sus miembros, al igual que en el grado de Maestro, se reúnen en la Cámara del Centro. Este grado se denomina también “Maestro Irlandés”, y recordemos que en la Edad Media “Irlandés” era sinónimo de “Sabio”, en alusión a los filósofos que durante el reinado de Carlomagno se trasladaron desde Irlanda al continente europeo. Una de las Palabras que se utilizan en el Preboste y Juez es, precisamente, Shekinah². Los antiguos Rituales del grado decían que el Candidato, durante la Iniciación, debía “arrodillarse en el centro del Templo, y ahí invocar a la Shekinah y recibir su Sabiduría”. Todo eso, lamentablemente, en los Rituales de hoy ha sido abandonado.

Los gnósticos asociaron con la Sabiduría distintas figuras femeninas, siendo la más conocida la de “Sophía”. En todos los casos, se la designe con uno u otro nombre, se nos habla de un conocimiento especial, liberador, que no es la opinión (la *doxa*). Esta última, según Platón, tenía dos aspectos: la *eikasia* (imaginación, en el sentido de fantasía) y la *pistis* (fe). El filósofo griego oponía a las anteriores la *episteme* (conocimiento del mundo de las ideas). Desde un punto de vista más estrictamente masónico, a la *doxa* oponemos la *gnosis*, la *Sabiduría*.

² Lamentablemente, numerosos Rituales, en lugar de “Shekinah”, escriben “Jakinaí”, término que carece de todo significado.

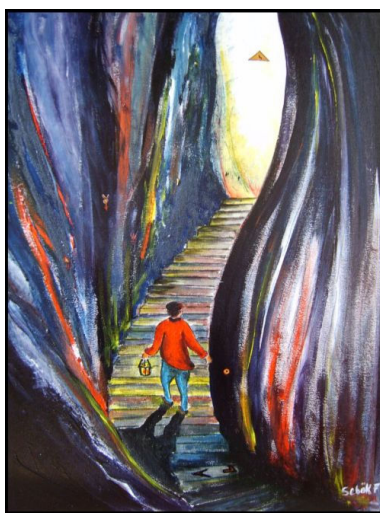
Y, por lo que acabamos de ver, la gnosis no es la “fe”, ni tiene relación con creencias de cualquier clase. Debemos, por lo tanto, modificar la estructura y la instrucción del grado 18° (Caballero Rosacruz), en el que la “fe”, como virtud teologal, se presenta asimismo como una virtud masónica. Una virtud es “teologal” porque “tiene a Dios por objeto”, pero la Sabiduría no tiene un objeto único de conocimiento, sino que busca abarcarlo y conocerlo todo. La insistencia del Rosacruz en la fe es sólo consecuencia de la influencia y la penetración religiosas, y no tiene valor desde la óptica iniciática.

Ahora bien, no nos olvidemos de nuestro propósito original. Habíamos concluido que todos los ritos masónicos de Altos Grados tienen, como su objetivo fundamental y el fundamento que justifica su existencia, la búsqueda del arquetipo de la Sabiduría. Hemos asociado esta Sabiduría con figuras cabalísticas, gnósticas o mitológicas, pero no la hemos definido con precisión.

Y el problema es que la Sabiduría no puede definirse en forma exacta. Es un arquetipo, y como todo arquetipo su naturaleza es fluida, cambiante. Hermann Hesse escribió: *“el que realmente quiere encontrar, y por ello busca, no puede aceptar ninguna doctrina...el saber es comunicable, pero la sabiduría, no. Se la puede vivir, pero nunca explicar ni enseñar”*.

¿Qué podemos decir, entonces, de algo tal elusivo, de una especie de líquido que se escurre de nuestras manos sin mojarlas? Podemos decir que, cuando los símbolos dejan de ser material para meras especulaciones, y podemos utilizarlos para explicar las vicisitudes de la vida; cuando la vida misma parece ser un Ritual de Iniciación, hemos accedido a vislumbres de la Sabiduría. Cuando los numerosos grados del Rito dejan de ser piedras yuxtapuestas, sin mayor orden que el que les otorga el azar, para transformarse en un Edificio armónico y proporcionado, hemos accedido a vislumbres de la Sabiduría. Y cuando reconocemos que el Universo entero es un Símbolo, un gran Libro inscripto con infinitos símbolos, es cuando esa Sabiduría está más cerca de nosotros. Poder leer en ese Libro sería el don más sublime que todo ser humano podría desear.

En síntesis, los Altos Grados existen como un apoyo para ayudarnos a acceder a la *Gnosis*, a la *Sapientia*.



La búsqueda, por F. Sebok

Otras preguntas

Aquí surgen entonces algunas preguntas:

¿No podríamos alcanzar tal Sabiduría sólo con las enseñanzas de los tres grados simbólicos?

Un lugar común muy habitual es valorizar lo sencillo. Se alaba un ritual o una ceremonia diciendo que es sencillo, o una doctrina es “buena porque es sencilla”. Se dice que “toda la Masonería está contenida en nuestro sencillo simbolismo”. El problema es que el Universo no es sencillo, es complejo. Dentro de la ciencia contemporánea, un sistema complejo es aquel cuyas diferentes partes están en permanente interacción entre sí, y en el que el todo es mayor que la suma de las partes. El Cosmos es un gran sistema complejo, y así como el Templo masónico es simbólico del Universo, el Rito intenta reflejar esa gran complejidad de la Naturaleza. Los tres primeros grados nos dan el fundamento, las bases sobre las que debe asentarse la estructura superior del Rito. Las Palabras, los signos, los toques, de los Altos Grados no son arbitrarias, sino que buscan que cada grado exprese uno o varios conceptos, una o varias ideas, que nos ayuden a leer en el Libro de la Naturaleza y el Libro del Hombre, para emplear el lenguaje Martinista.

Caminar a través de los grados es “empaparse” de su vida simbólica, sentir profundamente sus enseñanzas, alcanzar la esencia de lo que el grado expresa exteriormente. Recalco las expresiones “caminar a través de los grados”, “vivir su significado”, porque los grados deben transmitir un simbolismo vivo, no una doctrina dogmática o anquilosada.

¿No sería mejor unificar todos los Ritos masónicos en uno solo, para acceder más directamente a la Sabiduría que buscamos?

La multiplicidad de Ritos (que, como dijimos previamente, es una multiplicidad sólo aparente) es lamentable sólo cuando los Ritos luchan y compiten entre sí. Pero si los Ritos trabajasen en forma colaborativa, cada masón tendría la oportunidad de *reunir lo disperso*, y generar su propia doctrina personal “destilándola” después de fusionar y someter los Ritos a la purificación por el fuego del análisis y la comparación, en una suerte de alquimia intelectual.

En el Martinismo hay un símbolo muy interesante. Es un candelabro de cinco brazos, colocado en el centro de una torre con diez ventanas. El Iniciado debe circundar la torre, y observar el candelabro sucesivamente por cada una de las diez ventanas. Así ve las cinco llamas del candelabro desde diez ópticas diferentes, lo que se asocia con las Cincuenta Puertas del Entendimiento de las que habla la Cábala.

En otras palabras, *leer la realidad desde distintos conjuntos simbólicos nos permite acceder a una comprensión más completa de dicha realidad*. Alguien dijo que “sólo pensamos con imágenes fragmentarias”, y un Rito es, esencialmente, eso: una imagen fragmentaria del Universo. Las disputas y peleas entre Ritos le causarían vergüenza ajena a un auténtico Iniciado, que busca *reunir lo disperso*.

La Sabiduría no tiene un rótulo que diga “escocés”, “yorquino”, “francés” o cualquier otro. Como todo arquetipo, la Sabiduría es anterior a los sistemas que la expresan y manifiestan. La Sabiduría no se deja atrapar en una sola mirada: para abarcarla (si es que alguna vez será posible abarcarla en su totalidad) hacen falta muchos ojos, muchas visiones efectuadas

desde ángulos diferentes. La comprensión de la Sabiduría es como un tejido, que tejemos a partir de numerosas tramas interconectadas.

Lo chocante de los Rituales

C.G. Jung afirmó que “*prefiero ser completo antes que perfecto*”. Con ello, quería decir que aspiraba a integrar la “sombra”, esa parte del ser humano que preferiríamos olvidar, reprimir o literalmente aniquilar. La sombra comprende todo aquello en nosotros que no es políticamente correcto, socialmente aceptable o que no coincide con la moral convencionalmente aceptada, que en América Latina (y quizás en todo Occidente) coincide casi totalmente con la moral cristiana. Moral cristiana que suele aceptarse en forma acrítica, como si sus principios no pudieran ser cuestionados o, al menos, discutidos.

La sombra, “*ese ser deforme que se oculta tras el umbral*” es, a pesar de todo, parte de nosotros, y de alguna manera debe ser incorporada a la personalidad. En lenguaje masónico, somos tanto Jakim como Boaz, somos tanto lo luminoso como lo oscuro, llevamos en nosotros mismos tanto la vida como la muerte. La sombra, seamos o no conscientes de ella, siempre nos acompaña, y cuanto más la reprimamos, mayor entidad adquiere.

Jung expresó este hecho con claridad al describir la psicología femenina. Dijo que podemos trazar una sucesión de cuatro arquetipos femeninos, que llamó Eva, Helena, María y Sophía. Eva sería la mujer de vida absolutamente corporal, dedicada puramente a la satisfacción de los apetitos. Helena sería más espiritual que Eva, y en María culminaría la espiritualidad pura. Pero el arquetipo femenino más elevado no es María, es Sophía. Sophía ha recuperado el cuerpo, que María, con su énfasis exclusivo en lo espiritual, había perdido. Aquí se aplica el conocido adagio “*menos es más*”, pues Sophía, al ser menos espiritual que María, es, sin embargo, más completa. Sophía ha integrado la sombra, y el cuerpo ya no le es ajeno.

Sophía, no por casualidad, es el símbolo de la Sabiduría, de donde el logro de la *Sapientia*, de alguna forma, requiere la asimilación de la *sombra*.

¿Qué tiene esto que ver con los Rituales del Rito Escocés Antiguo y Aceptado? Hemos hecho el desarrollo precedente pues muchos Hermanos encuentran chocantes algunas partes de los Rituales, especialmente de las Leyendas, considerándolas violentas, desagradables o incompatibles con la moral. En tal sentido, un personaje muy interesante es Johaben. Se supone que es el favorito de Salomón pero, de una u otra forma, siempre lo desobedece. Cuando encuentra al Asesino en la Caverna, le clava el puñal violando las más elementales normas jurídicas. Y luego sostiene orgulloso la cabeza cortada del Asesino, chorreando sangre, en una escena no carente de cierto morbo. Sobre el mandil del Iniciado en el grado 9º, campean las tres cabezas cortadas.

Numerosos masones, bien intencionados, han sentido repugnancia ante estos símbolos, y han propuesto eliminarlos de los Rituales. Ese es un grave error, resultado de creer que las Leyendas transmiten sólo lecciones de moral elemental. Las Leyendas, por el contrario, describen situaciones arquetípicas, hechos fundamentales que representan los principios básicos de la psique humana. Las Leyendas masónicas están más cerca del Mito de Edipo o de los dramas de Shakespeare que de las historias edificantes del Evangelio. En ellas, cada personaje tiene una sombra, y recordemos que Abiram, el nombre del Asesino principal, es Ab-Hiram, una especie de sombra de Hiram.

Las Leyendas del Rito Escocés no son fábulas moralizantes, son justamente Leyendas, y en ellas hay lugar para la Luz, pero también para la Sombra. Hace falta valor para ser completo, y aceptar la propia sombra, y justamente el valor, la valentía, es una de las virtudes comunicadas en los grados caballerescos.

Reflexiones finales

En el Tarot, pensado como un conjunto simbólico y no como un supersticioso sistema de adivinación, tenemos algunos símbolos muy interesantes.

La primera carta es el Mago. Tiene frente a él una mesa y, sobre ella, un conjunto de elementos dispersos, desordenados. En las formas antiguas de las cartas, hasta es difícil determinar qué es en realidad cada uno de esos elementos. Parecería que se encuentran en un estado embrionario, casi amorfo.

La última carta es el Mundo. Aquí todo está en su lugar, perfectamente armonioso y ordenado. El viaje a través de las cartas, por lo tanto, consistió en *reunir lo disperso*, en *darle forma a lo informe*, en hacer surgir el Mundo a partir de esa mesa de baratijas deformes y desordenadas.

Estudiar el Rito Escocés Antiguo y Aceptado es similar. En un primer momento, somos como el Mago frente a su mesa. Tenemos ante nosotros un caos de Rituales desordenados, de Palabras que se contradicen, de lecturas triviales. Pero tenemos que *trabajar*.

Ese caos ritualístico debe ser pulido, limpiado, ordenado. Debemos viajar a través de los grados y, finalmente, construir el Mundo, es decir, el Rito. Los materiales que recibimos están desordenados, informes, embrionarios. Pero esconden, en estado latente, un Cosmos. No es poca la recompensa que se recibe, el salario que nos espera si logramos concluir ese trabajo, pues se trata de la *Sabiduría*.

En las religiones existe un dogma, un conjunto de creencias. Quien decide ser un miembro de tal o cual religión debe aprender ese dogma, transformarlo en su código de vida, y serle fiel. El método masónico, por ser de naturaleza iniciática, es absolutamente diferente.

Se nos dan conjuntos simbólicos (los grados), no para absorberlos, sino para trabajar sobre ellos. En masonería no se aprende creyendo, se aprende transformando. Cada palabra, cada signo, cada símbolo, debe ser triturada hasta que nos revele el último de sus significados. Y luego cada significado será relacionado con el de todos los otros símbolos, todos los otros grados, todos los otros Ritos. En el lenguaje de los alquimistas, es un *solve et coagula*: disolver los símbolos para conocer su esencia, reconstruirlos para hacer de ellos los ladrillos de ese Universo que es el Rito. En el lenguaje del Rito Francés Moderno, de tendencia racionalista, se trata de *“deconstruir para luego re-construir”*.

¿No es hermosa la Sabiduría? ¿No oculta su Belleza tras innumerables velos? Pero los velos están, a propósito, para ser retirados.

Y, finalmente, regresemos por un momento a las cartas del Tarot. La primera es el Mago, la última es el Mundo. Pero aquí y allá, sin un lugar definido, está el Loco. El Mundo que construimos con los símbolos del Rito Escocés no es el paraíso cristiano, monótono en su perfección absoluta. Es más el Empíreo de los paganos, en el que la sombra proyectada por el Loco no es rechazada. Trabajemos, pues, sin prejuicios, con alegría, fervor y libertad,

como seres humanos, con el cuerpo y con la mente, no como ángeles sin carne, sino como hombres de verdad.

Porque el Mundo y el Hombre son equivalentes. Construir el Mundo es, entonces, construir el Hombre, construirnos a nosotros mismos. Alguien dijo que en la mesa de la Sabiduría se sientan los que construyen, los que cuestionan, los que estudian, los que discuten. Si contemplan la portada del libro de masonería de Angelo Sebastiani, verán a los representantes simbólicos de todos los grados del Rito Escocés sentados a una mesa, redonda como el Mundo, compartiendo el pan del conocimiento.

En síntesis, de eso se trata. Trabajar sobre los símbolos para alcanzar la Sabiduría, y hacer del Rito un espejo del Mundo. Me doy cuenta que esto no es algo nuevo, sino lo más obvio que podemos imaginarnos.

Pero, a veces, vale la pena recordarlo.